biobío en 100 palabras

Los 100 mejores cuentos de la décima versión del concurso

BIOBÍO EN 100 PALABRAS:
LOS 100 MEJORES CUENTOS
DE LA X VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio
Julio de 2022

Selección | Fundación Plagio
Dirección de Arte y Diseño de Portada | Fundación Plagio
Edición | Vicente Braithwaite Castillo
Diagramación | www.triangulo.co / Josefa Méndez Amunátegui
Traducción del mapudungún al castellano | Rodrigo Córdova
Fotografía de Portada | Los Contra - Imagen de Chile

Inscripción n° 2022-A-4065 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-51-4
Tiraje: 20.000 ejemplares
www.biobioen100palabras.cl
Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

biobío en 100 palabras

Los 100 mejores cuentos de la décima versión del concurso

CMPC
Y FUNDACIÓN PLAGIO
PRESENTAN

BIOBÍO EN 100 PALABRAS

Envía tus cuentos a la nueva versión
del concurso hasta el 14 de octubre del 2022
en www.biobioen100palabras.cl

biobío en 100 palabras

En este libro se plasma la historia de los habitantes del Biobío de una manera única. BIOBÍO EN 100 PALABRAS rescata las voces de miles de personas de todas las edades y lugares de la región para construir un relato colectivo invaluable sobre cómo viven, qué sienten y qué experimentan quienes caminan diariamente por sus calles y caminos.

Como Empresas CMPC nos llena de alegría ser parte de esta historia, porque creemos que nuestra comunidad necesita instancias y espacios como este, donde todas y todos puedan expresarse y dejar un registro de su manera de entender el mundo.

BIOBÍO EN 100 PALABRAS ya ha reunido cerca de cien mil relatos breves durante su década de historia. Todos ellos son instantáneas que revelan pedazos de vida que quizás de otra manera no conoceríamos.

Esperamos que estos cien cuentos que encontrarán a continuación inspiren a que más personas escriban su historia, para que este relato colectivo siga creciendo año a año.

EMPRESAS CMPC

Nos alegra mirar estos últimos diez años y confirmar que la creatividad de la Región del Biobío no ha hecho más que crecer. En esta década de historia del proyecto BIOBÍO EN 100 PALABRAS, los cerca de cien mil cuentos recibidos han configurado una enciclopedia de experiencias, personajes y emociones.

Cuando lanzamos la décima versión del proyecto el año 2021, nos movilizamos por diferentes localidades de toda la región en busca de relatos. Ahora, gracias a este compilado de historias, podemos observar y leer este viaje literario a lo largo de lugares como Santa Juana, Mulchén, Lebu y Quilleco; desde la Piedra de la Costilla de Hualqui hasta la nieve del imponente volcán Antuco. Además, nos acompañan en este recorrido una rica variedad de animales: coipos, mariposas, perros, grillos y pulpos son protagonistas de varias páginas de este libro.

Estos cien cuentos plasman lo que hemos experimentado estos últimos años y de qué manera ha cambiado nuestra visión del mundo. Por eso, la invitación que les hacemos en esta nueva versión de BIOBÍO EN 100 PALABRAS es a escribir para reconocernos, para comprender la nueva presencialidad, las nuevas rutinas y desafíos que vendrán, y, por supuesto, a seguir escribiendo colectivamente la historia de esta región.

Esperamos que estas historias los movilicen a escribir la suya propia.

FUNDACIÓN PLAGIO

El roble de la estación

Cerca del cerro Cochento están las ruinas de una vieja estación de trenes, la Pito. Junto a las escalinatas hay un viejo roble, que por su aspecto debe tener muchos años. En toda la zona se dice que este roble está encantado y que por las noches sus ramas se convierten en niños y su tronco en un padre que junto a sus hijos canta y juega sin parar, pues el destino les arrebató la vida y sus almas se buscan por toda la eternidad.

CECILIA CABEZAS SANDOVAL, 40 años, Mulchén.

Ungüentos de antaño

Hoy, junto a los avances de la estrategia Paso a Paso, me gustaría que también se levante la restricción a las carretas con manzanas, con carbón o cochayuyo. Que den un pase verde a la leche de burra y a la pitarrilla dulce. Que se escuche al vendedor de piñones y castañas, o de «ahumaítos», portando su código QR. Oír el sonido inconfundible del afilador de cuchillos, del soldador de ollas y trastos, y que estos lleven sus vacunas al día. Así, Talcahuano podría recuperar el sonido de almas vivas y algo de lo simple que nos haga más felices.

GAMAL CERDA ETCHEPARE, 60 años, Talcahuano.

A Mariana le crecerá la lana

Una tarde en Negrete, la oveja Mariana, que lucía orgullosa su hermosa lana, parió dos borreguitas blancas y tiernas: Mila y Tila. La madre muy atenta salía con ellas a pastar para mostrarles el lugar donde vivían. Las demás ovejas miraban envidiosas a la oveja Mariana. Cierto día caluroso de noviembre, el campero encerró a las ovejas y agarró a Mariana para esquilarla. Mila y Tila, asustadas, no sabían qué pasaba. Un rato después, una oveja rara las llamó y ellas, temerosas, preguntaron: «¿Mamá, eres tú?». «Sí, soy yo. Me han cortado mi lana. No se preocupen, volverá a crecer.»

VALENTINA YÁÑEZ CAIGUAN, 12 años, Los Ángeles.

2005: Terremoto fantasma

Anterior al verdadero terremoto, hubo un «terremoto falso». No se movió la tierra ni hubo alerta oficial, solo tumultos que corrían despavoridos hacia los cerros. Nosotros nos acostábamos cuando empezó el alboroto, salimos a preguntar qué ocurría y dijeron: «¡Se viene un tsunami, se recogió el mar!». Entre los nervios y el caos, solo atinamos a abrigarnos y hacer una mochila de supervivencia. Subimos más hacia el cerro –en pijama– y ahí estuvimos un largo rato. Yo a mis diez años pensaba que efectivamente habría tsunami, que el agua llegaría hasta Andalué y que luego tendríamos que luchar por sobrevivir.

IGNACIA INFANTE QUIÑONES, 26 años, San Pedro de la Paz.

Geno üy

PREMIO AL MEJOR RELATO EN MAPUDUNGÚN

Kiñe rupa petu tañi küzawün almacen mu akuy rumey kiñe papay, mapuzugukeymi am? Ramtupufiñ, may mapuzuguken wiñolzugupuenew fey wüla feypipufiñ:-küme zugu tati, iñche yenien epu txipantu tañi kim mapuzugulen. «Mapuzugun chillkatugekelay» wiñolzugurumepuenew, püchiñma pewyu inchiw ka nuküfkülefuyu ka kiñe wigkazugual.

ROBINSON CARRASCO CASTRO, 26 años, Contulmo.

Sin nombre

Una vez, mientras trabajaba en el almacén, llegó de repente una señora. Le pregunté: «¿Usted habla el mapuzugun?». «Sí, hablo en mapuzugun», me respondió. Entonces le dije: «Qué bueno. Yo llevo dos años hablando el mapuzugun». La señora respondió: «El mapuzugun no se aprende estudiando». Entonces nos quedamos callados por un rato para volver a hablar el wigkazugun.

«Alpapor»

Los compañeros de mi mamá se turnaban para cuidarme, pero yo sabía por dónde iba: la Universidad de Concepción es un lugar grande, pero no más grande que el vacío que yo sentía. Recuerdo que algunos días mi madre gastaba su poco dinero y me compraba un «alpapor». Entonces yo, al ver el puesto de «alpapores», pensaba que podía crear una felicidad artificial comiéndolos. Pero cómo podía saber que nadie me entendería, y que al comerlo tampoco me sentiría llena; porque, al final, un alfajor no solucionaría mi hambre de afecto.

DANIELA RODRÍGUEZ MUÑOZ, 16 años, Concepción.

Villa sin Futuro

Yo vivo en la Villa sin Futuro, en una casa donde es normal que te hagan callar para ver la tele, donde los perros flacos flaquean, como flaquea la esperanza. Esperanza es una calle cercana, o al menos eso prefiero creer. Algunas veces está a dos cuadras; otras, se hace imposible llegar a pie.

LUCIANO VERGARA URRUTIA, 25 años, Chiguayante.

¿Dónde viven los chinos?

Hace décadas la población migrante china se instaló en Conce y sus alrededores. En cada cuadra del centro hay una tienda china. A pesar de eso, y de que siempre los veo en sus locales hablando entre sí, siempre me he preguntado: ¿dónde viven los chinos?, pues no conozco ningún sector donde sepa que ellos habitan. ¿Tendrán acaso un pasadizo secreto para ir cada noche hacia el otro lado de la Tierra y quizás cuando terminan de trabajar, con algún dispositivo chino, viajan kilómetros y llegan a sus tierras asiáticas? Si alguien lo sabe no dude en contactarme.

CRISTÓBAL JIMÉNEZ NOVOA, 26 años, Concepción.

Visita de Dios

Mi abuela estaba hecha con cuero reseco, nunca se reía. Con Dios siempre en la punta de la lengua, enrielaba las desviaciones de sus nietos a palmetazos. A mis nueve años compartía dormitorio conmigo, cuenteaba el rosario todas las noches. Nunca lo terminaba; se dormía y continuaba hablando en un lenguaje indescifrable por horas. Una noche apareció un hombre al pie de mi cama. Salté y la remecí. Al despertar mi abuela, el hombre no estaba. Es Dios que nos visita, dijo. Al día siguiente faltaban unas herramientas y la ropa ya no estaba tendida en el cordel del patio.

LUIS REBOLLEDO CAMPOS, 65 años, Curanilahue.

En murmullos

Cuando estaba en segundo básico, mi compañera de puesto me contó en murmullos, muy en secreto y mientras hacíamos la tarea, que ese era el último día que iba a la escuela, que ya no nos veríamos porque su papito se había escapado nadando de la isla y esa noche se irían. Durante el recreo comentamos la situación con palabras de niñas y luego de esa tarde nunca más la vi. Hoy tengo más de cincuenta y cada vez que veo la Quiriquina desde la playa Bellavista pienso, aún con angustia, ¿qué será de la Verito?

SUSANA HERRERA CIFUENTES, 54 años, Chiguayante.

La posta

«Vístase», le ordenó el joven doctor, únicas palabras que pronunció tras terminar el toqueteo de su viejo cuerpo. Extendiendo el brazo y sin levantar la cabeza le alcanzó una pequeña bolsa de papel, murmurando: «Tome una cada ocho horas». Doña Juana inició el lento retorno a su hijuela orillando el camino para evitar los montículos dejados por el tránsito de las carretas en la avenida fangosa. Mientras, un quiltro husmeaba con su hocico la bolsita de papel que doña Juana arrojó, con gesto huraño y despectivo, a la salida de la Posta.

FERNANDO ROCHA PAVÉS, 71 años, San Pedro de La Paz.

Esas montañas de allá

Íbamos de vuelta a la casa, de Conce a San Pedro, con mi bisabuela, por el puente Llacolén. A la derecha del río, por donde se esconde el sol, hay dos montañas, una al lado de la otra. «¿Sabes cómo se llaman esos cerros de ahí?», me preguntó. Como le respondí que no, me dijo en un susurro: «Las tetas de Concepción», y se largó a reír por lo bajo. Yo era chica todavía, así que me puse toda colorada y me reí nerviosamente. Ayer, unos ocho años después, me volvió a decir lo mismo.

CATALINA CUEVAS ALEGRÍA, 19 años, San Pedro de La Paz.

A pescar

Cuando tenía cinco años, con mi papá salíamos a distintos lugares. Un día me llevó al parque Ecuador. Nunca había visto tantas cosas divertidas por hacer. Me pinté la cara, me comí un algodón de azúcar, me subí a los juegos; pero lo más divertido que vi fue la pesca milagrosa: si pescabas, te ganabas un premio. Pesqué mil veces. Desde entonces fuimos todos los fines de semana, hasta que crecí. Ahora, con catorce años, cuando acompaño a mis hermanos pequeños a pescar, la señora aún me reconoce. Debe ser por tanto ir y hacerla millonaria.

ANTONIA AGUAYO LÓPEZ, 15 años, Concepción.

Lebu

Mi grito hace eco en la caverna de Benavides. El mar enfrenta al roquerío, desarticula siglos de erosión rebobinando avistamientos de barcos balleneros y tesoros, y arremolina vientos. La textura de sus voces hurguetea: son ánimas o es un animal viviendo entre las rocas, sembrando el estruendo por toda esta tierra. Veo el Cerro de la Cruz abrazando casas y casas. Las ventoleras curten el paso hasta la Plaza de Armas, las palmeras imponen sus nombres entre peumos, arrayanes y voces. De nuevo voces, ánimas flotantes, el Angamos sollozando. La bruma oculta al pueblo.

BETTY FERNÁNDEZ HERRERA, 45 años, Lebu.

Lo que pasa en el recreo

Todos los días en el colegio cuando suena la campana salimos al patio a jugar a la pelota con mis amigos en una cancha de tierra. Es el momento más feliz del día. El partido dura diez minutos y en ese tiempo yo me creo Neymar, corro rápido, regateo mucho; cuando doy pases con la pelota me sale tan fuerte que se prende fuego en el balón y mis compañeros no se atreven a bloquear, por miedo a quemarse. Suena nuevamente la campana y vuelvo a ser yo.

BENJAMÍN GONZÁLEZ MUÑOZ, 14 años, Penco.

Lucha es pobre, pero pobre pobre

PRIMER LUGAR

¿Conoces a Lucha? Sí, ella, la que chupa sangre adinerada en Paicaví; si po, así se gana su plata. Lucha es pobre, pero pobre pobre. Lucha no tiene auto, vive de sus piernas flacas y de su patineta. Fíjate que ayer la golpearon hasta dejarla en el suelo, sí, en el suelo. ¿Por qué? No porque Lucha fuera pobre, sino por el simple hecho de que Lucha fuera Lucho, pero pobre pobre.

ISIDORA BELLO SANDOVAL, 19 años, Concepción.

Mentar

Mi abuela una vez me contó que no se podía silbar de noche porque mentaba a los brujos. «Algún día te vas a acordar de mí cuando te vengan a visitar», me decía. Ya es tarde para arrepentirme.

WALTER MIRANDA BALLE, 34 años, Concepción.

Adornos comestibles

Era un día primaveral, el sol iluminaba con todo su resplandor después de varios días de lluvia. Amancay, junto a su mamá, fue a Quilleco a pasear por primera vez a un bosque de hualles. Los árboles estaban llenos de adornos en forma de racimos color blanco. A Amancay le llamó la atención y le dijo a su mamá: «¡Mira los adornos que tienen los árboles, están de Navidad!». La mamá respondió: «Amancay, son digüeñes, hongos comestibles». Desde ese día Amancay y su mamá van todos los años a recolectar digüeñes para hacer ensalada.

FRANCISCA RAMOS SILVA, 10 años, Los Ángeles.

El barquito

El viejo se levantó a las cinco de la mañana. Ese día estaba especialmente nublado, comenzaba a llover y se podían escuchar las olas chocar contra la costa. La verdad es que al viejo ya no le asustaba salir a navegar ni con temporal; se subía a la nave y no importaba si el botecito se volcaba o la marea estaba brava, sin falta todos los días se embarcaba, tanto así que el olor a madera salada lo tenía impregnado. La vieja le gritaba que no fuera, que no se levantara, pero él respondía: «¡Ay, si de algo tengo que morirme!».

KAMILA TIZNADO CASTILLO, 16 años, Talcahuano.

Macondo en Hualpén

Todas las casas en las que he vivido han sido literalmente demolidas. Sin embargo, mi último hogar no desaparecerá solo, ya que todo el arrabal será borrado de la memoria como un vergonzoso error a corregir. La tormenta bíblica de maquinaria pesada arrasará con todo a su paso. En algunas décadas se contará que hubo una aldea llamada El Triángulo, aunque será una narración difusa protagonizada por fantasmas que siempre vivirán entre nosotros: el vecino encadenado al árbol, el anciano del negocio descifrando los pergaminos del diario, el poblador ajusticiado por el Estado en la cancha de fútbol.

FERNANDO FERNÁNDEZ ULLOA, 41 años, Hualpén.

Mi querida caleta

Como todos los días, nos levantamos temprano con mi mamá para trabajar. Yo me conecto a mis clases virtuales que terminan a las 12 horas. Nos arreglamos, bajamos corriendo lo más rápido del departamento en Hualpén, tomamos la micro Puchacay, nos sentamos y nos vamos conversando. Mi mamá me dice: «Llegamos a Miami», yo me río. Nos bajamos donde está el muelle, ahí nos está esperando como siempre el mar azul de nuestra caleta Lenga.

ROMÁN MERINO AMPUERO, 10 años, Hualpén.

Fernando 1933

Cuando escucho a mi abuelo hablar de su vida me siento como armando un lienzo a partir de viejos retazos. Imágenes de las minas de carbón en Lota se fusionan con la de los sectores industriales de Penco y Lirquén, y estas a su vez se unen a los viajes en tren hacia estaciones que ya no están. Cuando él calla, el lienzo queda en blanco, al igual que su memoria. Es ahí cuando a mí me toca tomar el lienzo y sus retazos, armarlo y terminarlo.

RICARDO ARRIAGADA ARRIAGADA, 30 años, Coronel.

El Loyola de Laja

La miro bailar con el Loyola, conocido en el pueblo por sus pasos de cueca y su abultada panza por el pipeño. No puedo creer que esa angelical mujer vestida con su mejor traje de huasa esté con ese fanfarrón, que no se pierde baile con las mujeres lajinas. Tuvo que venir a las ramadas de la inauguración justo cuando me iba a declarar con la mejor paya a la china de mi corazón; desde San Rosendo que sigo a mi Carmela. Dejo mi guitarra, camino envalentonado, cierro mi puño. Lo que vino después ahora es una cueca chilena.

BASTIÁN GALLARDO MARTÍNEZ, 16 años, Laja.

Mi gallinita Calvita

Había una vez una gallinita de variados colores. Era la más pequeña del grupo y tenía el cuello pelado, por eso la llamé Calvita. Un día salió a pasear con sus hermanas, cuando de repente apareció un perro blanco muy grande que comenzó a perseguir a las gallinas. Calvita, al ver a sus hermanas atacadas por el perro, se abalanzó contra él, picoteándolo en las piernas y en la cabeza. Desde ese día sus hermanas nunca más la dejaron sola y fue mi gallina preferida. Hoy está más grande y pone muchos huevos.

WILLSON MORALES HAM, 11 años, Los Ángeles.

Aprender a olvidar

MENCIÓN HONROSA / PREMIO DEL PÚBLICO

Ayelen Millapan, niña huilliche de siete años, llega por primera vez a la escuela. La profesora la saluda como en el pueblo y ella le responde como en la ruca. Así no se dice, corrige la profesora, tienes mucho que aprender. Y así empezó, hasta que un día, de tanto aprender, ya no pudo saludar a mamá.

SANTIAGO LUENGO FERNÁNDEZ, 31 años, Concepción.

El regalo invisible

Mi abuela estuvo toda la semana molestándome con el regalo de mi prima. Ella ya estaba preparada con el suyo, así que me llamaba la atención a cada rato, porque yo no tenía nada. Llegó el día y viajamos todos a Cañete, cada uno con sus obsequios. De repente, cuando íbamos en el puente Juan Pablo Segundo, mi abuela dijo: «¡Se me quedó el regalo!».

LUCIANO JARA BIZAMA, 11 años, Concepción.

Los fuegos artificiales

«¿Oigan, cabros, qué está pasando? ¿De nuevo los fuegos artificiales?» «Entra, mejor, o si no te llegará uno a ti», me dijo el loquito que estaba en la esquina. Tirado en el suelo con mi hermana, asustados, esperamos que pasara el tiroteo, que ya es habitual en San Pedro. Después de un rato nos paramos y supe que habían matado a uno. Era el Gato, simpático el hombre; qué pena por su familia. Así sigue pasando cada día, pero tenemos que seguir nomás. Llega el fin de semana y de nuevo lo mismo, escondidos, esperando que no pase nada.

FRANCISCA ASTUDILLO JARA, 14 años, San Pedro de la Paz.

La loca

La loca se bañaba en la fuente de la plaza, no le preocupaban las miradas de asombro de la gente, su vida transcurría con apacible calma. Alguna vez tuvo familia y fue reina de belleza. Un mal amor le rompió el corazón y enloqueció. Ahora todo lo que tiene cabe en su carro de supermercado. La siguen sus tres perros, guardianes, guateros y amigos. A todos los que pasan por su lado les ofrece una sonrisa y un consejo, y su generosidad es tan grande como su locura.

JULIA RUIZ RIFFO, 76 años, Concepción.

El cuervo de mi amigo Poe

En Lebu tengo un amigo que dice ser la reencarnación de Edgar Allan Poe. Escribe cuentos y poemas de terror y se viste como poeta del siglo diecinueve. En su pueblo es conocido como el Pájaro Loco, porque se pasea con un pajarraco desnutrido que asegura es un cuervo. Para mí es un jote de la caleta que adiestró. La semana pasada me junté con él porque insistió en leerme su último cuento, que a decir verdad no era malo. Y mientras complacido esperaba mi opinión, el jodido pájaro, sin que yo me diera cuenta, se cagó en mis zapatos.

JUAN VALDIVIESO CISTERNAS, 35 años, Curanilahue.

Fase 4

Suaves rayos de luz atravesaban la ventana para posarse en el rostro de un joven que se debatía entre el sueño y la vigilia. Clase de matemáticas, logaritmos, nueve de la mañana. El adolescente somnoliento consideró tomar una siesta. Fue ahí cuando el profesor habló: «Benítez, ¿podría explicarme cómo hacer este ejercicio?». El alumno, más despierto que nunca, reaccionó y se excusó: «Profe, disculpe, creo que tengo mala conexión porque no lo escucho bien». Todos rieron, hasta el serio profesor. Hace un mes que habían vuelto las clases presenciales en Concepción y había quienes no se acostumbraban todavía.

MARÍA CAMPOS MARTÍNEZ, 17 años, Arauco.

La caída

Al poco tiempo de llegar, hice una amiga penquista. Soy haitiana y le conté un accidente que me pasó en Haití. Era un día soleado, yo estaba muy contenta, porque empezaban mis vacaciones. Ni siquiera había comido cuando, apenas salí del colegio, subí al techo para avisarle a una amiga la noticia. En ese momento mi prima, que también quería hablar con ella, corrió sin saber que estaba al borde de la casa; me empujó y me caí y aterricé en la casa de mi amiga. Gracias a Dios no me pasó nada grave, solo me quedó una marca chiquita.

FRANCIA SENAT SENAT, 14 años, Concepción.

El Trauco

Caminar a su habitación era un desafío cada noche: el Trauco, del que tantas veces su mamá le habló, no estaba en el bosque, sino en su propia casa.

MISAEL MOSCOSO FUENTES, 47 años, Santa Juana.

La Piedra de la Costilla

Nunca nadie ha podido descifrar sus petroglifos; son inexplicables. ¿Cómo esas gigantescas rocas llegaron ahí? El otro día pensé que podrían ser parte de un asteroide como el que destruyó a los dinosaurios o quizás ser restos de un gigante, luego pensé que estaba loca. Dicen que por ese lugar hay un tesoro, pero nunca nadie ha encontrado ni siquiera una pista. También se dice que ahí se hacían sacrificios para los dioses, pero nadie lo sabe. Nadie sabe si todas esas leyendas son verdad. Nadie sabe nada de ese misterioso lugar.

PAZ ARANEDA OSSES, 14 años, Hualqui.

La plaza de los dinosaurios

En las noches, cuando nadie está en la plaza de los dinosaurios, pequeños seres peludos escalan las figuras y juegan a las atrapadas. Alguno que otro juega solo, otros en compañía; algunos duermen y otros comen. Cuando llega el día, las figuras sin forma desaparecen con la luz del sol y esperan pacientemente a que la noche toque de nuevo el lugar.

RENATA HERRERA SÁEZ, 14 años, Concepción.

Recuerdo de abril

Era un día gris. Como premonitorio. Hacía poco había llegado el invierno. Me senté en un banco de la plaza Independencia mientras esperaba la hora de entrar a mi trabajo. El viento sacudía con fuerza la copa de aquellos vetustos árboles. De uno de ellos se desprendió una hoja cuya caída seguí expectante y que misteriosamente se posó en mi pecho. La guardé en mi agenda, no sin antes anotar en su anverso: «Martes 1/4/2021, 13.00 horas». Al rato, un llamado de mi compañera me informó que José Nicanor, mi padre, había fallecido a las 13 horas de ese día.

ERNEN BECERRA FUENTES, 73 años, Chiguayante.

Paseo al parque Pedro del Río Zañartu

Llegando al parque, decidimos seguir el sendero a la Laguna Verde. En el camino nos encontramos con un grillo muy particular, ya que nos quedó mirando y nos señaló el camino con su patita. Todos nos miramos y nos pusimos a reír. Sin imaginar, el grillo tenía la razón, llegamos a la laguna. Nos sentimos felices, pues no todas las personas encuentran el camino.

CATALINA GONZÁLEZ YÁÑEZ, 8 años, Hualpén.

Don Bartolo: el Sansón de Lebu

Cuentan que cargaba al hombro hasta dos quintales de harina y que era capaz de subir a los cerros carretones repletos de leña. Según su nieto, logró volcar un auto de Carabineros antes de ser detenido. Una placa en el Museo Minero de Lebu conmemora proezas como estas, incluida aquella que lo hizo famoso: la vez que atajó una hilera de vagones desrielados, llenos de carbón, que rodaban cuesta abajo hacia un grupo de mineros. Desde ese día recuerdan su fuerza sobrehumana. Dalila perdona sus divinos cabellos, aparentemente, pues muere de viejo, a la bíblica edad de ciento ocho años.

FRANCISCO VALENZUELA SARAVIA, 34 años, Talcahuano.

Miles de historias

Cayó la última hoja del nogal. «Tan puntual como siempre», dijo el gorrión, «desde siempre este árbol ha marcado el inicio exacto del invierno. Mi abuelo me lo dijo y su abuelo se lo dijo a él». Voló hacia una rama. «Si tan solo dijera algo… Me gustaría saber qué ha vivido, qué ha oído. ¡Cuántas historias contaría!». De pronto, el enorme nogal crujió y le dijo: «Yo solo quiero descansar. Sostener esa hoja me tenía agotado. Ahora ve a molestar a otro, que quiero dormir. Ven a verme en primavera y te contaré miles de historias».

SANDRA ORELLANA BALLESTA, 41 años, San Pedro de la Paz.

Ruta de memoria

MENCIÓN HONROSA

Entre olores a chacras y edificios, las personas pasan apuradas sin reparar en ese pedazo de granito que dice: «¡Aquí caí!». Y más allá, donde todes duermen, vuestros nombres dicen: «¡Presente!». Y, río arriba, son láminas de hormigón diciendo: «¡Nunca más!». Llego al corazón de la ciudad, sellada con una cruz roja: «¡Liberen a nuestros hijos!». Camino hacia el Saber, sus manos se unen alcanzando el infinito. Miles de voces en ese estadio con nombre de mujer; una placa: «¡Presente!». Será perdurable el recuerdo de dinosaurios, árboles, entre rutas que no vuelven. Y sigo, caminando con Memoria.

AIDA CERRO SAAVEDRA, 65 años, Concepción.

El ladrón de huevos

En un campo cerca del río Coreo vivía Rosita, amante de los animales. Todas las mañanas se despertaba radiante y revisaba que todos los animales estuvieran en su lugar. Su hermano Totito, de cinco años, siempre lo arruinaba todo. Rosita siempre lo regañaba. «¡Éntrate, Totito, no vengas al gallinero conmigo!», gritaba Rosita, y él sacaba la lengua y corría hacia la casa. En dos días Rosita no encontró huevos en el gallinero, decidió hacer guardia para saber qué estaba pasando. De pronto sorprendió al ladrón: «¡Totito!». Totito, muy asustado, contestó: «Quería juntar huevos para regalarlos a nuestros vecinos tan amables».

CONSTANZA PEÑAIPIL DÍAZ, 12 años, Los Ángeles.

El acholloncao

Viejo, agachao y caminando apenas, así lo vi la última vez. Ahora era mi turno. «¡Se escarba la tierra en cuclillas o acholloncao, ñor!», me dice el jefe de turno. Esas son mis instrucciones. A falta del padre, continuaba el hijo, y de pronto la herramienta se hace más pesada, ya no veo carbón y me duelen las rodillas; luego el cajón y un vidrio sobre mi rostro; oigo sollozos y a un joven que murmura: «¡Viejo, agachao y caminando apenas, ¡así lo vi la última vez!».

NELLY PEÑA PINILLA, 51 años, Lota.

Huiñotuan

Pichikalu iñchiñ, pewmangekebun mulepayal ta tüba mu, waria mu. Tukukebuiñ kachilla taiñ ngülümal plata, welu siempre faltai tati. Lalu am tañi chaw vendebiyiñ taiñ mapu, nguillabiñ kiñe ruka ka anükünupan ta tüba mu, Concepción mu. Pichiñma mu müten jubilayan may. Kobkekelu küdawken iñche, beymu newe llowlayan plata ñi jubilación mu. Pewmangen vendeabiel tañi ruka bey taiñ ngüillabiel kiñe mapu chew tukual kachilla ka mulepual tañi familia iñchiñ.

DAVID POBLETE MANQUILEF, 42 años, San Pedro de la Paz.

Volveré

Cuando éramos pequeños, soñábamos con venir a vivir a la ciudad. Sembrábamos trigo para juntar plata, pero siempre faltaba. Cuando falleció mi papá vendimos el campo, compré una casa en la ciudad y me vine a residir acá, a Concepción. Estoy a punto de jubilar, trabajo de panadero, por eso no recibiré mucho dinero en la jubilación. Espero vender mi casa para comprar un campo donde sembrar trigo e irme a vivir con mi familia.

El Anchimallén

Cuando tu tía empezó a trabajar como profe, le tocaba ir a una escuela rural pa' allá pa' dentro, bien metido pa' los cerros. La cosa es que un día, cuando venía de vuelta de la pega, sola ella, a pata nomás, de noche, se le apareció una llamita arriba de un litre: el Anchimallén. Así que agarró pela' y se devolvió pa' la cabaña de unos mapuches, donde la alojaron. Ahí le explicaron que alguien lo había mandado pa' cuidarla, porque si no, en una de esas ni la estaría contando.

MATÍAS MORENO SEPÚLVEDA, 19 años, Cañete.

Un día por la mañana

Todos los días a las ocho escucho mi alarma, la apago después de tres minutos. Me lavo, me visto, me pongo mi polerón, mi gorrito y me uno a mis clases. Después de mi primera clase tomo desayuno. Al término de mis clases juego un rato, hago mi cama, almuerzo, leo y pienso qué puedo hacer. Mi madre llega de su trabajo, conversamos un rato, juego otro rato. Mi papá llega, tomamos once, conversamos y nos acostamos, todos los días lo mismo. Extraño las clases presenciales. Los días son todos iguales. Así es para mí y quizás para todos mis compañeros.

CRISTÓBAL VILLALOBOS POBLETE, 11 años, San Pedro de la Paz.

Barba roja

Nochebuena, casi las doce, y tíos, primos, abuelos estábamos reunidos en la casa de mi bisabuela, que tenía vista al puerto, en Talcahuano. Ya había pasado la hora de comer, y ahora la pregunta del millón era... ¿Quién había matado al Viejito Pascuero? Ese mágico ser que llevaba regalos a los niños buenos, carbón a los malos, estaba tirado afuera de la puerta, con su barba inundada en sangre y sin su célebre saco de regalos. Al pobre viejo lo habían asesinado, y aparte robado sus regalos, pero la pregunta del millón: ¿quién había sido? Definitivamente había un Grinch entre nosotros.

MATILDA GARRIDO ARRIAGADA, 14 años, Hualpén.

Jardín

La señora Juanita se gana todos los días en la ventana para admirar su jardín, el jardín más hermoso de Bilbao. Cuando Juanita sale al jardín, la gente que pasa le pregunta: «Juanita, ¿cómo está? ¿Qué está haciendo?», y ella, como siempre con una sonrisa, responde: «Muy bien, acá hermoseando y regando mi jardín, como todos los días». La gente la mira extrañada y se va, pues las flores del jardín son todas de plástico.

TAMARA VENEGAS IBÁÑEZ, 20 años, Talcahuano.

La baldosa piadosa

Siempre buscaba perderme en la plaza de Arauco, y es que luego de escuchar una historia de personas perdidas, la curiosidad pudo más. Decían que en la plaza del pueblo podías encontrar una baldosa que, al pisar, te trasladaba a otra dimensión. Fue así que comenzó mi búsqueda ingenua de pisar esa baldosa. Para mala fortuna, creo que ella descubrió que yo la estaba buscando, y cada paso que daba moría en el intento. Luego de un tiempo comprendí que el viaje a ese mundo era sin retorno a casa, y que la baldosa había tenido piedad de mí.

VLADIMIR CUEVAS CARRILLO, 29 años, Concepción.

Pudá

Cada domingo con mi familia viajamos a Pudá. Tomamos la ruta del mar. Mi papá lleva su caña y pesca mientras nosotros jugamos en la playa. Las olas suenan muy fuerte. A lo lejos veo Dichato y Pingueral. Pero Pudá no tiene comparación: esos bellos árboles, su arena casi blanca, las rocas que juegan con las olas en cada movimiento. Yo corro con mis brazos extendidos diciendo: «Es Pudá el lugar más lindo del mundo». Mi papá con una sonrisa lanza una y otra vez su lienzo tratando de pescar, adentrándose en las olas que lo reciben con alegría.

FRANNKO ASCENCIO SOTO, 12 años, San Pedro de la Paz.

La no-casa

Caminando por Freire hacia Tucapel, sin pensar en nada, sin tener mucho que hacer, extrañamente, me vi a la altura del 1062. Allí me detuve un momento a mirar un terreno baldío enorme, gigantesco. Esa «no-casa» me une al centro, ya que siempre he vivido en San Pedro. Allí estaba la casa donde naciste, en 1934. La casa donde recibiste el terremoto del 39, donde articulaste las palabras que causaron sonrisas por primera vez después de la catástrofe: «Que fue boniiito el terremooooto». Pasando por allí a tomar la micro, entiendo que pasear contigo era un privilegio enorme. Te extraño.

IGNACIO OÑATE BENVENUTO, 26 años, San Pedro de La Paz.

El carbonero

Después de apagar su sed en la última cantina del pueblo, el campesino se puso a dormir sobre unos sacos vacíos, mientras los bueyes prosiguieron su camino a paso cansino a Hualqui. La oscuridad cubría totalmente el bosque de pino. De improviso las bestias inquietas se detuvieron, despertando al carretero. Este, asustado, con su mente nublada por el alcohol, observó a aquel jinete que, montando un caballo azabache frente a aquella misteriosa casa de piedra, le prohibía seguir. Con el susto se le espantó la borrachera, pero no recuerda cómo se encontró en el punto de partida al nuevo día.

CECIL REIMAN CAMPOS, 77 años, Chiguayante.

Mi abuela y sus aventuras

Un día, mi abuela estaba con una tía en el campo alrededor de Quilleco. Las dejaron encargadas de unos pavos. En un descuido, uno de ellos se metió al saco con trigo, comió y luego tomó agua. Al rato, el pobre pavo con su buche hinchado se desmayó. Al ver esto, desesperadas, corrieron a buscar una hoja de afeitar, tomaron el pavo por el cuello, le abrieron el buche y sacaron todo el trigo hinchado; luego tomaron una aguja e hilo y lo cosieron. El pavo al poco rato se levantó y salió corriendo. El gran susto se les pasó.

VALENTINA VINET OBANDO, 13 años, Los Ángeles.

Pulpo

Un amigo estaba caminando al lado de la laguna Las Tres Pascualas cuando vio una luz amarilla. Fue corriendo a una tienda y compró unos lentes de agua. Él sabía nadar, por lo que no pensó dos veces y se lanzó a lo profundo. Vio el color, pero era tan brillante que no lo podía distinguir. Dijo en su mente: «¡Son monedas de oro!». Lo agarró lo más rápido que pudo y subió a la superficie, lo levantó alto y vio que era un pulpo dorado que le tiró una salsa negra.

MARTÍN CAMPOS MARTÍNEZ, 12 años, Cabrero.

El turista

Había escuchado historias del diablo y fantasmas en las minas de carbón. El gringo llegó a Lota en la mañana. Vio interminables pabellones en hileras que bordeaban la calle. Imaginaba fantasmas de mineros fallecidos volviendo a estas casas, golpeando puertas que nunca se abrirían para ellos. En la administración lo esperaban. Bajó en el turno de la tarde. Logró perderse en las galerías, su lámpara se apagó. El miedo comenzó a susurrarle gritos y risas. Una llama roja cruzó por sus ojos. Desesperado corrió hasta unas luces. Los mineros lo vieron correr, lo subieron al tren y a la vida.

JUAN TORRES LEÓN, 53 años, Chiguayante.

El saludo

PREMIO AL TALENTO JOVEN

El año antepasado, en primavera, estuve en San Rosendo. Caminé por una plaza donde me miraban tristes trenes antiguos, que solo se alegraban con los hermosos árboles en flor. En la mitad de la noche desperté con todo el cuerpo enronchado; me ardía y me picaba. «¡Fue el litre!», dijo mamá, «la próxima vez debes saludarlo». Hace pocos días volvimos al mismo lugar, pero esta vez me paré frente al árbol, hice una reverencia y le dije: «¡Buenos días, señor Litre!», y dormí toda la noche.

AGUSTÍN BELTRÁN SALDIVIA, 13 años, Los Ángeles.

No, gracias, estoy lleno

Estaba en el sótano con mi bola de cristal y le pregunté cómo podía evitar mi muerte. La respuesta que me dio en su interior me confundió mucho pues me había dicho: «No, gracias, estoy lleno». Pero algo hizo clic en mi cabeza cuando mi esposa me ofreció pastel después de la cena. Rápidamente salí corriendo al auto y me fui de esa pequeña ciudad llamada Nacimiento.

VALENTINA FERNÁNDEZ PARRA, 13 años, Los Ángeles.

El buscarril

Era toda una aventura viajar en este medio de transporte, desde Laja hasta Los Ángeles, por el sistema de Ferrocarriles del Estado. Se componía de dos carros. Su estructura era metálica y su longitud era la mitad de un carro de los convoyes de los trenes habituales. Digo que era una aventura pues su diminuta dimensión le daba una sensación de inestabilidad y uno iba con el rezo a flor de labios, mirando la hora y pidiendo llegar entero a la estación final. Hoy pocos se acuerdan de este transporte. El tiempo del ferrocarril no volverá.

ABELARDO CAMPILLAY CARO, 69 años, Laja.

Conejitos de lana

Una abuelita fabrica conejitos de lana junto a la chimenea, con ojitos de botones y bufanditas de tela. Cada conejito lleva bordado el nombre de quien va a ser su dueño. Cada vez que un niño nace, en el pueblo los padres acuden a la abuelita Rosa y le piden un conejito de lana para el recién nacido, ya sea niño o niña. Siempre le pondrán el nombre que lleva bordado el conejito, pues es bien sabido en el pueblo que los conejitos de lana de la abuelita Rosa brindan buena fortuna para la vida de los pequeños.

ÁMBAR VALLEJOS GONZÁLEZ, 17 años, Coronel.

Una prisionera en El Morro

Sentado en esa pedregosa playa detrás de El Morro, pienso en ella. Me miento a mí mismo diciendo que por su culpa empecé a fumar, mientras juego con un cigarro apagado. Escucho su voz ofreciéndome fuego, sé que soy el único que la oye. Le doy las gracias, pero le digo que esta vez traje el mío. Le sonrío a la nada mientras veo sus ojos, los mismos que tenía hace cuarenta y siete años. Su imagen no ha envejecido, yo ya tengo canas y varias arrugas. Vemos el mar juntos. Miro El Morro, duele creer que ellos la encerraron ahí.

RODOLFO JARA IBÁÑEZ, 23 años, Chiguayante.

Tema de seguros

Iba apurado al colegio; ni siquiera alcancé a tostar el pan –me lo comí frío–, y en vez de tomar la micro que me correspondía acabé sin darme cuenta tomando Las Galaxias. ¿Cómo le explico a mi mamá que acabé en Júpiter? Espero que mi seguro cubra accidentes en otro planeta.

GUSTAVO QUITRAL CERDA, 15 años, Concepción.

Aislamiento

Amanece, es primavera y aún hay pandemia, restricciones y confinamientos obligatorios. Al salir los primeros rayos de sol se ve la comuna vacía y enseguida empiezan a aparecer personas como fantasmas, con mascarillas, gafas y gorros. Son pocos, parecen ser sobrevivientes de algún holocausto. Se dirigen a tomar locomoción o a sus trabajos, raudos como el viento sur. Se pierden rápidamente de mi vista. Y así paso este encierro, esperando desde la ventana a que regresen.

GUSTAVO NAVARRETE DONOSO, 66 años, Hualpén.

Balseros del Renaico

Esa noche el frío era mayor que los días anteriores. Los hombres, envueltos en sus mantas, buscaron recostarse lo más cerca del fuego, luego de servirse el charqui acompañado de la usual tortilla y haber bebido aguardiente. No había tiempo, era necesario dejar descansar sus exhaustos cuerpos, pues la jornada había sido muy dura en ese batallar contra el río, esa autopista de plata que, corriente abajo, pone en vilo no solo la preciosa carga de madera de las balsas, sino también sus propias vidas. Quedaban otras noches antes de llegar a Concepción, había que cerrar los ojos.

SIMÓN FUENTES OLIVARES, 47 años, Mulchén.

Mariposa del chagual

Soy la mariposa más grande de Chile y vivo en las costas de Concepción. Los chilenos me llaman mariposa del chagual, porque mis hijitos se alimentan de esa planta, pero los científicos se empeñan en decirme *Castnia eudesmia* (qué nombre tan raro, lo sé). Antes tenía muchas amigas de mi especie, que se divertían volando conmigo de aquí hacia allá, pero los humanos se han empeñado en hacer sus casas donde nosotras solíamos vivir y cada vez quedamos menos revoloteando entre las flores. ¡Uy, un chagual! Iré a dejar mis huevecillos, antes de que sea demasiado tarde.

DANIA SALADRIGAS MENÉS, 36 años, Chiguayante.

El túnel

Llegaba el verano en Lota y con él comenzaban nuestras travesías a la playa en familia, caminando en procesión por la línea férrea hacia Colcura, cada uno cargado con todas las cosas y los manjares que ese día comeríamos. Mi padre se sabía todos los horarios de los trenes de carga, pero un día domingo no fue tal nuestra sorpresa cuando a mitad del túnel grande, antes de llegar a Colcura, sentimos horrorizados el pito del tren, y rápidamente, corriendo más bien a ciegas, llegamos al fin al otro lado, blancos como los fantasmas que ahí habitaban.

JACQUELINNE PÉREZ RUIZ, 55 años, Los Ángeles.

El trato en la tormenta

Una noche un grupo de pescadores salieron de la bahía de San Vicente. Cuando ya estaban en el mar comenzó una tormenta muy fuerte. Tiraban la red para pescar pero no sacaban ningún pez, hasta que de la oscuridad apareció un gran pájaro negro. Los pescadores le dijeron: «Pajarito, haznos pescar rápido y mañana te daremos el pescado más bonito». Luego tiraron la red nuevamente y se llenaron de pescados. Al siguiente día llegaron dos niños que les dijeron: «Venimos a buscar el pescado que le ofrecieron anoche a nuestra mamá».

ALONSO CUBILLO JAMETT, 14 años, Concepción.

Mailén, la sumpall de Isla Santa María

Muchos isleños la han visto parada en el farellón de Isla Penequén, la que los españoles llamaron Santa María. En noches de tormenta brilla su trapelacucha de plata, el cual refleja el brillo de su cabellera dorada. En las noches de calma se puede oír su hermoso canto acompañado de su kultrún. Dicen los antiguos que su nombre es Mailén y que era hija de un cacique lafquenche. Una noche de verano, un sumpall la enamoró y la transformó en sumpall y también en su esposa, pagando a la mañana siguiente el gapitún correspondiente a la dote.

DANNIT CIFUENTES CASTRO, 45 años, Coronel.

Panchito

Una de las veces que el Pancho Saavedra fue a Biobío se comió una sopa de mariscos de doña Cecilia. El Pancho demostró gusto por la sopa, la pagó y se fue a conocer a otra persona importante de la zona. En el camino, cuando ya era de noche, vio un navío a la distancia con sus luces prendidas. Extrañamente, este barco era bastante viejo, como si fuera de la era de los piratas. Cuando lo miró con mayor claridad, el Pancho se dio cuenta de su error: se encontraba adentro del barco y era observado por múltiples esqueletos.

DIEGO MARTÍNEZ GARRIDO, 14 años, Hualpén.

Donde Golpea el Monito

Tenía unos ocho años cuando llegué a la ciudad de Talcahuano. Mis padres se habían marchado al cielo. Una tía comerciante me acogió. Vendí piñones, castañas, humitas, y, claro, también le hice al matute. Cuando se acercaba la Navidad, nos instalábamos en las afueras del local Donde Golpea el Monito, ubicado en la esquina de Maipú con Caupolicán, para vender muñecas de trapo que mi propia tía fabricaba. Yo las ofrecía cuando un día una hermosa niña me clavó su mirada. Corrí donde ella y le regalé una muñeca. Me gané un coscorrón.

ÓSCAR TORO IBÁÑEZ, 69 años, Lota.

Cosas de San Pedro

Caminaba cerca de mi casa en la villa, cuando un perro se me acercó. Empezó a ladrarme y tomó una postura amenazante. Raramente, entendí esos ladridos. Básicamente me gritaba que me alejara de su dueño o me haría daño. Entonces pensé: si puedo entenderlo, tal vez él me entiende a mí. Pensé decirle que no le haría nada y que no se preocupara, pero de mi boca la frase salió como un ladrido. No sé quién estaba más sorprendido: el perro, porque se dio cuenta que lo entendí, o el dueño, que me vio ladrarle de vuelta a su mascota.

FERNANDA DÍAZ NASS, 14 años, San Pedro de la Paz.

La niña que se convirtió en árbol

Hoy vengo a contar la historia de la niña que se convirtió en árbol. Una niña jugaba en el campo cuando vio un extraño árbol que tenía un chichón del tamaño de su puño. En ese instante sintió que el árbol la llamaba; cuando lo tocó, se convirtió en él. Despertó asustada: había sido un sueño. Al día siguiente salió de nuevo a jugar y volvió al árbol. Al tocarlo se encontró adentro del árbol; luchó y logró sacar su puño, que lentamente se convirtió en madera, creando el chichón. Todavía sigue ahí el extraño árbol de Mulchén.

ANTONELLA REYES NAVARRETE, 10 años, Mulchén.

Oba-Oba

Era el lugar de encuentro familiar en mi infancia, con sus exquisitos completos. Cada vez que comíamos ahí, yo pensaba: algún día te podré invitar y yo pagaré. De esa familia solo quedamos dos, mi madre y yo. Mi hermano anda en Santiago y tú, quién sabe dónde. Aún no puedo cumplir mi deseo de infancia, tal vez todavía hay tiempo para esa invitación. Papá, sigo en la misma dirección.

STEPHANIE GONZÁLEZ YÁÑEZ, 29 años, Penco.

Carbonero de Cayucupil

PREMIO AL TALENTO MAYOR

Pasó toda la noche bajo su carreta en el sector Puente Mellizos. Apenas clareó el alba, se levantó, lavó su cuerpo, sacó una tortilla de rescoldo, hirvió agua en un tarro duraznero y bebió un gran tazón de café de trigo. Miró la inmensa carga de carbón de madera que bajó desde su hornilla en El Porvenir, antes de pasar por Cayucupil y subir en el Avellanal. Ahora iba a Cañete –«¡Te quiero, mi Dios!»– a vender la carga y volver con la mercadería para el mes. «¡Carbón, carboncito le llevo, patrona!», gritaba. Como un suspiro la carreta se vació.

LUIS FLORES OLAVE, 66 años, Los Álamos.

El coipo

El último verano feliz, antes de la pandemia, fuimos al camping Alihuen, en Yungay. En el río Cholguán decidí nadar con mi mamá. Me puse a bucear y en las profundidades del río encontré un animal con enormes ojos de polcas; grité del susto, porque imaginé que era una malvada criatura que había sido succionada desde el mar. Le dije a mi mamá que había visto un monstruo marino. Mi mamá y yo nadamos lo más rápido posible. Y desde ese día pienso que los coipos son criaturas malévolas.

ELEONORA SHANNON GACITÚA, 10 años, Concepción.

Bomberos

Definitivamente los tiempos han cambiado. Recuerdo que mi padre me llevaba siempre al cuartel de la 8ª Compañía de Bomberos, que todavía funciona en calle Carrera. En ese tiempo era costumbre que los voluntarios celebraran los cumpleaños de sus hijos en el casino de la compañía. Por ello es que el cuartelero estaba autorizado a hacer sonar la sirena y dar con el carro una vuelta por calle Lientur volviendo por Pelantaro, con todos los asistentes al cumpleaños a bordo. En ese tiempo todos queríamos ser bomberos y desafiar las llamas, pero la verdad es que pocos lo fueron.

CRISTIAN HIDALGO ACUÑA, 50 años, Chiguayante.

Mi bote de madera y su tripulación

Florencia e Isidora son mis gatas, Vicenta mi perrita. Fueron adoptadas hace once años. Siempre en la madrugada suben las tres a mi bote de madera y me acompañan a mis aventuras mar adentro. Todas tienen una labor: Florencia al timón, Isidora es vigía y con Vicenta arrojamos la red a la mar. De regreso a la caleta, con una buena pesca de jurel, ellas miran al horizonte, dando las gracias a la madre naturaleza, y yo miro al cielo agradeciendo por el regreso y los beneficios entregados. El mar entrega su tesoro, pero igual nos arrebata.

CARLOS CARTES STEVENS, 37 años, Penco.

Jesús en la población

El Mesías vivía en mi población... o eso pensaba, porque en las mañanas se podía ver a un hombre de pelo castaño largo y barba caminar ebrio, tambaleándose, gritando garabatos y blasfemias. Si sentías un hedor fuerte a alcohol y orines, sabías que él estaba cerca. Era su especia de aura única. Un día lo pillaron muerto en la calle; hipotermia, dijeron. Siendo un indigente, eso era de esperarse. La gente de la población comentaba su partida, «no era mala persona» decían. Al tercer día lo vieron en otra población, con una caja de vino en la mano.

VÍCTOR AGUAYO CID, 27 años, Concepción.

El descanso de los caídos

En lo profundo de un bosque cercano a un pueblo llamado Negrete se encuentra una taberna donde van a parar las almas de los guerreros que vieron su batalla perdida. Hay un dicho que dice: «Hay que caer para levantarse, pero si bebe más le tendrán que ayudar», y en esa taberna, en lugar de ahogar las penas de haber perdido la batalla, los guerreros celebran no tener que preocuparse por otra.

LUIS MÉNDEZ AGUAYO, 17 años, Mulchén.

El muñeco de nieve

En Antuco un niño hizo un muñeco de nieve. Cuando lo iba a desarmar, el muñeco gritó: «¡No me desarmes!». El niño se asustó pero el muñeco le dijo: «No temas, soy bueno». El niño le preguntó si quería hacer algo y el muñeco dijo: «Llévame a tu ciudad». Al llegar, el muñeco sin razón alguna gritó que se fueran y que encendiera el aire frío del auto. En el camino el muñeco no dijo ni una sola palabra. Al llegar, el niño miró hacia atrás y el muñeco no estaba: se había derretido porque había encendido el aire caliente.

RAYEN GUERRA SANDOVAL, 10 años, Los Ángeles.

Carne y ají

En la YMCA comprábamos un par de empanadas de carne con ají. Nos las comíamos en la micro, rumbo al puerto, y nos dábamos los besos más ardientes de Conce.

STEVIE SEPÚLVEDA MUÑOZ, 35 años, Concepción.

«No nos alcanza para vivir»

dijo mi mamá cuando decretaron cuarentena total. No teníamos qué comer y el confort había sido reemplazado por hojas de cuaderno que estaban en blanco. Un día abrió la ventana, acarició mis orejas y salió de casa. Nunca regresó, pero a veces imagino verla entre la gente que corre por las calles.

JONATHAN CASTRO ARAYA, 34 años, Concepción.

El encuentro inesperado

Un fin de semana, junto a mis padres, fuimos a pasear a la Reserva Nonguén. Llegamos tranquilamente y cuando íbamos a estacionarnos pasamos cerca de mucha gente, la mayoría mujeres, vestidas con vestimenta mapuche. Al instante pensamos que era una especie de celebración; teníamos razón: cuando bajamos del auto vimos a una persona conocida, era Elisa Loncón, presidenta de la Convención Constitucional. Todos quedamos sorprendidos de la coincidencia, tomamos fotos y caminamos junto a ellos a la celebración de un Nguillatún. Al día siguiente mi mamá presumió de que estuvo al lado de una persona muy importante.

CAMILO TORRES PÉREZ, 10 años, Hualpén.

Deconstrucción

Nació entre académicos y se crió en la UdeC. Su primera infancia la vivió entre la teta y el doctorado de su madre. Pañales, papillas y Gramsci. Cuentos, canciones y Foucault. Juguetes, cascabeles y Latour. Cuando finalmente logró levantar sola una torre de cubos de madera, más alta que ella misma, gritó entusiasta: «¡Deconstruyámosla!».

BEATRIZ CID AGUAYO, 46 años, Concepción.

Entre las cenizas

Estaba enamorado, pero ella no podía estar conmigo. No quise permitir que me separaran de ella, de su sonrisa y de su cegadora luz de elegancia, así que nos fugamos y nos resguardamos cerca de la cordillera. Todo iba a ser perfecto, sería feliz junto a ella, pero la oscuridad cerró mis ojos ese día de 1853, cuando el volcán Antuco explotó. Y aunque yo no fuera el amor de su vida, estaríamos juntos en las cenizas hasta la eternidad, como siempre lo soñé.

CARLA TORO ABURTO, 14 años, Talcahuano.

La tragedia japonesa de Julio Hatae

Cuando vivía en el extranjero, hace mucho, recibía cartas de mi padre con su modo de ver la realidad. En una de ellas contaba: «A veces no se aprende otro idioma y se olvida el propio». Esa situación le ocurrió a un japonés que llegó a Río Claro, en la Octava Región (una calle en el pueblo lleva su nombre). Este oriental llegó con los traumas de la Segunda Guerra y el horror a los hombres; gradualmente fue olvidando su idioma y con el paso del tiempo tampoco aprendió castellano, al final solo se comunicaba con las flores.

CARLOS MATTHEI NEUMANN, 40 años, Concepción.

El entierro

Don Carlitos Toledo llegó a la casa de mi abuelo con la excelente noticia de haber encontrado un entierro. Le dijo que camino a La Guinga, en Carampangue, había visto una gallina amarilla con sus pollitos. Se organizaron y fueron de noche en busca del entierro, llegaron al lugar, comenzaron a cavar y de pronto vieron unas luces acercarse. Don Carlitos le dijo a mi abuelo que solo eran ilusiones, que siguiera cavando, pero las luces se acercaron aún más. Ya encima de ellos escucharon una voz que decía: «Carabineros de Chile, ¡qué están haciendo!».

CLAUDIO UNZUETA CAMPOS, 39 años, Concepción.

Juan y Mariela

El 2020 conocí a mis papás. Él tiene setenta y seis años, es canoso, de cachetes regordetes y una panza de sandía, resultado de la pilsen. Disfruta ver programas de animales y pelear con la TV, hacer el aseo escuchando corridos en una vieja radio y jugar a la escoba con un combinao todas las noches. Ella tiene sesenta y cuatro, es menuda y pálida, con constante cara de enferma. Le gusta ver novelas mientras duerme siesta, pasear al perro y pelear con mi papá. Veinticinco años en la misma casa y los vine a conocer el año pasado.

DANIELA VALDERRAMA LÓPEZ, 28 años, Concepción.

Traductor

Guau guau guau guau («Por fin llegamos a la Laguna, Gato»). *Guau guau guau* («Me encanta la Laguna Chica, ¿qué opinas, Gato?»). *Miau miau miau miau* («Es bonito y los cisnes son muy apetitosos... digo, hermosos»). *Guau guau guau guau* («Sí, pero la suciedad arruina el lugar y hace que los cisnes desaparezcan poco a poco»). *Miau miau miau miau miau* («Es una desgracia que los humanos estén destruyendo este lugar tan hermoso»). *Guau guau guau guau guau* («Es hermoso el atardecer aquí, y ellos ni lo disfrutan, puro trabajan»). *Miau miau* («Sí, es hermoso. Ellos se lo pierden»).

GENARO DURÁN COFRÉ, 12 años, San Pedro de la Paz.

La próxima estación

Lunes por la mañana, rumbo al internado de Laja. Viernes por la tarde, vuelta a Talcamávida. Todo igual: árboles, río, casas, las mismas caras subiendo en las mismas estaciones, los mismos perros esperando curiosos la llegada del tren. Bebidas, galletas, turrones, café. Lo mismo siempre, full aburrido. Hasta que llegamos a la siguiente estación: covid-19. Nos bajamos ahí y no volvimos a subir. Después de todo, era divertido el abuelito que subía en Gomero y nos conversaba, genial el gato trapecista de Buenuraqui. Pucha qué bonita la niña que bajaba en San Rosendo. Siempre pensaba: ¡a la próxima le hablo!

ROXANA VERA SUAZO, 59 años, Laja.

Amaro, el burro que quería ser caballo

PREMIO AL TALENTO INFANTIL

Había un burrito llamado Amaro que quería ser un caballo. Vivía en una granja, donde los caballos le enseñaban las cosas que hacían ellos, y Amaro fue aprendiendo. Una vez su dueño lo llevó a una carrera de caballos en Negrete. Al comenzar la carrera, Amaro corrió y corrió, ¡y ganó! No podía creerlo. Ese día el burrito aprendió algo muy importante: que, aunque él no fuera un caballo, tenía el espíritu.

MATEO CIFUENTES SAAVEDRA, 11 años, Los Ángeles.

Paseo por la cueva del Toro de Lebu

Siempre escuché historias sobre la cueva del Toro y un día decidí visitarla, porque no creía que fuera verdad que la cueva rugía como un toro. Me asombré al ver que solo era un pequeño orificio, y mientras miraba hacia adentro, dudando que ese hoyito fuera capaz de hacer algo, sopló un viento y salió un rugido tan fuerte que del puro susto caí sentado en una roca. Menos mal que no me pasó nada.

ÁLVARO BARRIENTOS URQUIZA, 12 años, Concepción.

El tarrito con huevos

De pequeña, en uno de los tantos cumpleaños que mis padres me celebraron, recibí el mejor y más extraño regalo que una niña puede recibir: un tarrito forrado tiernamente con papel de regalo, dentro del cual habían huevos de campo. Jamás podré olvidar ese regalo de mi lela, que me escuchó decir, una de las tantas veces en que me fui a quedar a Nonguén, que eso quería como regalo: «Un pedacito de campo en mi casa».

DÁMARIS LASTRA NAVARRETE, 27 años, Chiguayante.

El temblor

Es viernes y, como de costumbre, llego cansada a mi hogar luego de un día intenso de trabajo dentro de la galería Remodelación Catedral. Me lanzo en la cama y cierro los ojos, relajándome unos minutos. Al volverlos a abrir, algo me inquieta: ¿estoy mareada? No, está temblando. Intento despabilarme buscando mis zapatos y mi abrigo. Corro a la puerta, cuando rápidamente el piso comienza a calmarse; lamentablemente, yo no. Lloro desconsolada frente a los recuerdos del 2010. ¿Qué sucedería si vuelve a ocurrir? La tierra ya no se mueve, pero ahora soy yo quien no deja de temblar.

TRINIDAD SOTO OLIVARES, 16 años, Concepción.

Más ahogados que antes

El encierro les ahogaba, por eso decidieron escapar por la calle Esmeralda, pero se encendió la luz del tablero, así que tuvieron que darle a beber a la máquina. Luego continuaron su travesía hacia el peaje Chivilingo, hasta que el líder dijo: «A ponerse las mascarillas, que nos detienen». «¿Hacia dónde se dirigen?» «Emmm… Vamos a…» «Muéstreme su salvoconducto.» «Qué salvocon…» «Lo siento, pero no los puedo dejar avanzar.» Esa frase caló hondo en cada uno de los fugitivos, vieron truncados sus sueños de libertad. El regreso fue inminente y se sintieron más ahogados que antes.

PABLO SOTO ORMEÑO, 36 años, Arauco.

La momia

Un día llevaron al museo de Yumbel una momia que pertenecía a una tumba muy antigua del desierto de Atacama. El primer día de la exhibición ocurrió algo jamás pensado: la momia resucitó. ¡Todo el mundo salió corriendo del museo! De repente, inesperadamente, la momia se quitó sus vendajes. Para sorpresa de todos, era solo un chico bromista. Los papás de Miguel, el niño bromista, se lo llevaron y el museo volvió a abrir sin momias encantadas.

MANUEL ANDRADE BAHAMONDES, 10 años, Los Ángeles.

Reencuentro

Nunca había pasado por algo así; mi mamá tampoco. Ella trataba de ser fuerte, por mí. Yo sabía que esto iba a ser complicado. Cuando bajamos del avión todo era distinto; no entendía lo que las personas decían. Más tarde subimos a un bus y en la mañana estábamos en este lugar; se llama Talcahuano. Hace mucho frío y las personas no sonríen al mirarnos. Aquí está mi papá. Luego de dos años pude verlo. Mi mamá lloró. Aunque nos costaría acomodarnos, estábamos juntos.

PAULA MENDOZA REBOLLEDO, 14 años, Concepción.

El intruso

Sebastián era un enemigo poderoso del humedal. La Garza, venerada guardiana, llamó a un consejo. «¡Ese canino se comió a mis crías!», dijo el Pidén. «¡Mi guarida tiene un olor repugnante!», exclamó Ranita. Al oír a los habitantes, la Garza concluyó: «Sebastián es grande, solo unidos podremos expulsarlo». Entonces Sebastián, mientras olisqueaba hambriento por aquí y allá, vio miles de aves, lagartijas y ranas abalanzarse sobre él, haciéndolo correr despavorido. Tiempo después, la guardiana Garza volaba por las cercanías y lo divisó en una casa, encerrado y con collar. Al fin Sebastián había renunciado a aterrorizar. Estaban a salvo.

ALELÍ IBÁÑEZ VIELMA, 15 años, Concepción.

Rendija

MENCIÓN HONROSA

Sábado por medio andaba de buen humor: silbando el himno del club abría el candado y entraba a la pieza, si así se puede llamar al cuarto hediondo y lúgubre en el que me mantenía encerrado, junto al estadio El Morro. Con un alicate soltaba los alambres y abría una rendija entre las latas que cubrían el marco de la ventana. Por ahí yo veía la mitad del partido en el que jugaba el club de sus amores. «Si salimos campeones, te suelto», decía, y yo rogaba para que no perdieran un solo punto. Ese año bajamos a segunda división.

MARCELO LEÓN HERNÁNDEZ, 49 años, Talcahuano.

Una visita inesperada

Cuando la pandemia atemorizaba nuestras vidas, yo y mi hermana nos sentíamos solas. En la ventana de mi casa asomó su carita una linda gatita. Abrí mi ventana, dulcemente la llamé, y se fue. Pero a la mañana siguiente otra vez estaba ahí. Abrí mi ventana y entró, y desde ese momento ha sido nuestra compañía. Sus ronrroneos y travesuras nos hacen olvidar lo triste que ha sido este tiempo de pandemia aquí en casa. Mi mamá le puso por nombre Rayitas. La hemos adoptado y le hemos dado un hogar. Ahora vive con nosotros y es nuestra peluda amiga.

CATALINA LLANQUILEO MORA, 9 años, Concepción.

De la cama al living

De la cama al living, tal como dice la canción. Y no es por flojera, ni por no tener un poquito de amor para dar, sino porque la cama se convirtió en mi escritorio, y el living en la sala de clases de las niñas. Sientes el encierro, yendo de la cama al living.

MARÍA JESÚS COSIALLS MARTÍNEZ, 46 años, Coronel.

Mi abuelo valiente

Mi abuelo tiene ochenta y seis años y vive solo en el campo en Hualqui. Hace sus cosas y anda para todos lados con su bastón. No le teme a nada, ni siquiera a la muerte. Yo creo que se siente solo porque nos dice «vengan a verme cuando quieran». No le importa el virus: «Yo me cuido harto, para no contagiarme». Le gusta tanto su campo que no le importa estar solo, es feliz con sus gallinas. Las llama a comer; «tiki tiki tiki», les grita, y las gallinas llegan corriendo a comer maíz y trigo.

FERNANDO OLIVA PÉREZ, 10 años, Hualqui.

Liceo de Niñas

Me gustan esos días en donde me caigo bien y soy mi mejor amiga. Me invito a hacer las cosas que me gustan y se me pasan las horas. Recuerdo a las amigas que han pasado por mi vida y los rituales de ponernos bonitas. Usar perfume, arreglar nuestra ropa, el maquillaje, la chasquilla, el esmalte de uñas. Extraño esos días, a esas mujeres que ahora están lejos, en otras ciudades, en otros continentes. Las que fuimos cómplices en esos días, donde lo importante era hablar de nuestros sentimientos, reír y brillar para nosotras mismas.

VALENTINA ARTEAGA NOVA, 28 años, Tomé.

CMPC
Y FUNDACIÓN PLAGIO
PRESENTAN
BIOBÍO EN 100 PALABRAS
Envía tus cuentos a la nueva versión
del concurso hasta el 14 de octubre del 2022
en www.biobioen100palabras.cl
PRESENTAN
cmpc
FUNDACIÓN PLAGIO
MEDIOS ASOCIADOS
TVN
biobiochile.cl
El Conce Cuente
ORGANIZA
Universidad de Concepción
Dirección de Extensión y Pinacoteca
COLABORA
efe
TRENES DE CHILE
PROYECTO ACOGIDO
LEY DE
DONACIONES
CULTURALES